

REVISION DE LA BIBLIOGRAFIA INTERNACIONAL

El siglo de la clínica. Para una teoría de la práctica psiquiátrica

Rafael Huertas. Frenia, 297 páginas. Madrid, 2004.

Es de sobra conocido que el siglo XIX vio nacer a la psiquiatría en tanto conocimiento en manos de expertos, de ahí que la *locura*, otrora concepto social y cultural, se transformara durante dicha centuria en enfermedad mental. Esta “medicalización de la locura” centró la atención de los estudiosos en el manicomio, institución emblemática donde se plasmaron los anhelos terapéuticos de los pioneros en el tratamiento de la alienación mental. Sin abandonar esta vocación por la historia de las instituciones, en los últimos años la historia de la psiquiatría ha incursionado en el campo de la llamada historia conceptual, al atender el amplio espectro de la reflexión teórica que estaba detrás del manicomio y de otras opciones terapéuticas; en otras palabras, al poner el acento en el discurso psiquiátrico que acompañó a la práctica clínica.

A esta teoría de la práctica psiquiátrica nos remite *El siglo de la clínica*, el más reciente libro de Rafael Huertas que, desde el punto de vista metodológico, se inscribe dentro de una corriente renovadora en la historia de la psiquiatría, organizada en torno a problemas. Supera, de esta manera, la conocida división en la historia de la medicina entre acercamiento internalista y externalista, aproximación fallida porque la ciencia, como cualquier otro fenómeno, se explica tanto por su propia dinámica interna como por el momento histórico en que se desenvuelve. El autor aboga también por hacer una historia diferente donde clínicos e historiadores adquieran una verdadera formación interdisciplinaria y, en dicho sentido, este libro es un ejemplo a seguir.

El recurrir a varios ejes -de los que hablaremos después- evita caer en un texto cronológico y biográfico, aunque la apuesta por un acercamiento no lineal resulta en un texto complejo y por momentos un poco reiterativo, con saltos temporales que mueven al lector a lo largo de todo el siglo. Como es evidente, los nuevos expertos (alienistas, frenópatas, psiquiatras) se hallan presentes, pero situados en los debates científicos que les tocó vivir, en las estrategias profesionales de las que se valieron para legitimar este nuevo conocimiento, en las coyunturas históricas que los determinaron y en las discusiones historiográficas donde hoy los hemos situado. Además de esta riqueza analítica, el lector encontrará una investigación donde junto a “los grandes hombres” se hallan figuras de “segundo nivel”, o así consideradas, cuyas aportaciones no se han valorado en toda su dimensión.

La temporalidad abarca la centuria que va de Pinel a Kraepelin, del nacimiento del alienismo a fines del Siglo de las Luces hasta la descripción de la esquizofrenia; del tratamiento moral a las terapias biológicas y de choque. Un largo siglo XIX cuya primera mitad estuvo dominada por la reflexión en torno a una semiología psiquiátrica (síntomas y signos), mientras que la segunda se abocó a la etiología, en una búsqueda desesperada por encontrar las causas de las enfermedades mentales con el fin de diagnosticar alienaciones en potencia. Finalmente, el siglo XIX conoció el paso de una práctica psiquiátrica centrada en el manicomio como espacio terapéutico por excelencia a otra vertida sobre “el enorme campo social” donde el papel de la psiquiatría estuvo encaminado a la profilaxis social, una de cuyas expresiones se encuentra en las Ligas de Higiene Mental.

Desde el punto de vista de la variable espacial, aunque el autor se orienta hacia el alienismo francés que tan bien conoce, Huertas no desecha el recurso de compararlo con el pensamiento inglés o el alemán, ni tampoco el de rastrear la recepción de algunas ideas psiquiátricas en España.

A estas virtudes estrictamente académicas, cabe añadir el hecho de que se trata de un texto donde se resalta el valor de la historia de la psiquiatría para el tiempo presente. En un momento en que las Humanidades corren el peligro de desaparecer por falta de aplicación inmediata -según el juicio de quienes tienen en sus manos los presupuestos educativos-, conocer el gran esfuerzo teórico de los primeros clínicos de la mente por detectar los síntomas y los signos de la locura y por clasificar en sistemas nosográficos las distintas entidades morbosas según criterios anatómicos, fisiológicos o psicopatológicos, muestra el valor de la Historia justo cuando el paradigma actual en psiquiatría carece de un fundamento teórico sólido. Como en toda enfermedad, señala Huertas, pero quizá más en las enfermedades que llamamos “mentales”, una “etiqueta diagnóstica” es una construcción social, y, si no, piénsese en las antiguamente llamadas “perversiones sexuales”, ejemplo de la apropiación médica de los comportamientos privados. En este sentido, reducir la psiquiatría a una suma de técnicas apoyadas en un manual (DSM) que no hace explícita la reflexión teórica inherente a toda clasificación, contribuye a despojar a la psiquiatría de su estatus científico y, lo que es peor, impide “recuperar la libertad de pensamiento” que en otro tiempo existió.

Entre los ejes desarrollados en esta obra encontramos el debate sobre la consideración única o múltiple del trastorno mental. Bajo la perspectiva de la unicidad, la alienación mental fue concebida como una enfermedad cuyas variedades

era preciso identificar, diagnosticar y tratar bajo un solo acercamiento terapéutico (el tratamiento moral), mientras que la visión opuesta condujo al paradigma de las enfermedades mentales como afecciones diferentes, irreductibles entre sí y cuya terapéutica también debía ser diferenciada. El pensamiento antinosográfico se mantuvo durante todo el siglo XIX, desde Pinel y Esquirol, pasando por el belga Guislain, hasta llegar al concepto de psicosis única de Griesinger, en tanto que la concepción pluralista será inaugurada por Falret a mitad de la centuria y llegará a su fin cuando a partir de la descripción de la esquizofrenia se asista al paradigma de las grandes estructuras psicopatológicas que, según Lantéri-Laura, representó en cierto sentido una vuelta al concepto de unidad, aunque manteniendo ciertas divisiones inevitables.

Las posiciones organicistas y psicologistas sobre la naturaleza y las causas de la enfermedad mental constituyen otro de los nudos en torno a los cuales está construido el libro. Tema capital es el de si la locura sería producto de una lesión orgánica o resultado de anomalías en el terreno de las ideas, las emociones o la conducta. Aquí, Huertas destaca que, si bien los primeros alienistas propusieron un acercamiento terapéutico como el del tratamiento moral de corte más psicologista y construyeron una semiología a partir de fenómenos psíquicos (morales como se decía entonces), no fueron ajenos a una etiología apoyada en la fisiología como parte de una concepción psicofisiológica donde la mente era una manifestación del funcionamiento del cerebro ni tampoco desdeñaron, por ejemplo, la práctica de las autopsias. La complejidad histórica desborda todo intento de encasillar a los autores, pues mientras algunos pusieron el eje de su reflexión causal en el trastorno afectivo y no en la lesión anatómica, hubo otros que elaboraron una nosología cuya base anatómica fue compatible con el tratamiento moral. Asimismo, la teoría de la degeneración, desarrollada por Magnan y Legrain, y que a partir de elementos como la herencia, el alcoholismo o los estigmas físicos afianzará la concepción somática de la locura, no será impedimento para que estos mismos clínicos acudan a la descripción de características psíquicas y conductuales para valorar el estado moral de los pacientes. Es decir, los hallazgos de origen anatomoclínico en el cerebro se pudieron conciliar con las aproximaciones psicopatológicas. Craso error, afirma Huertas, percibir lo somático y lo psíquico de manera antitética, como dos campos permanentemente enfrentados en psiquiatría. Así, “el verdadero enfrentamiento conceptual no estaría entre lo biológico y lo psicológico, [...] sino entre la existencia o no de lesión anatómica. De modo que la anatomía sería sólo una parte de lo biológico, al igual que la fisiología o, incluso la psicología”.

Como ya dijimos, el libro tiene momentos en que se pone de manifiesto el peso de las coyunturas históricas en la concepción y clasificación de las enfermedades. Así, la llamada “monomanía homicida”, donde el sujeto conserva el uso de la razón y “no delira más que sobre un objeto o círculo muy limitado de ideas”, derivó en un concepto que hacía del crimen una enfermedad y del delincuente un loco y permitió tipificar como enfermedades ciertas actitudes que atentaban contra el orden establecido. El monomaniaco representaba una forma de irracionalidad que ponía en entredicho los beneficios del progreso y la civilización. De igual manera, la histeria es un excelente ejemplo del condicionamiento social de la psiquiatría, ya que el interés por ella en los tiempos de Charcot “se vio alimentado por la política anticlerical de la república francesa”. Esta patología permitía restarle competencia a la Iglesia sobre las posesiones demoníacas o los estados místicos, mismos que ahora caerían bajo el campo de la medicina mental.

Entre los debates historiográficos atendidos por Huertas, y que suponen una puesta al día de los temas escogidos, destaca el de las causas de la somatización de la enfermedad mental. El autor advierte sobre las razones estrictamente científicas y técnicas, pero también sobre las de índole profesional e institucional, que llevaron a una concepción organicista de los trastornos mentales, y ejemplifica mediante estudios de caso la controversia existente respecto al papel que jugó la parálisis general progresiva en la configuración del paradigma anatomoclínico, las perversiones sexuales ya aludidas, la teoría de la degeneración y el delirio crónico.

Otra de las interpretaciones sujetas a polémica es la idea del tratamiento moral como “tecnología” de control social, que habría hecho del manicomio un espacio de vigilancia, orden y castigo mediante la interiorización de una serie de normas -incluso recurriendo a la intimidación-, mismas que después serían reproducidas en otros contextos. Huertas recuerda que el alcance de esta “tecnología” dependió de la capacidad del Estado y del alienismo para imponerla, y considera importante destacar que bajo el tratamiento moral subyacía la creencia de que el loco era un sujeto susceptible de recuperarse. Por eso, cuando aquél fracasase, se iniciará el proceso de somatización mencionado y se abrirá la puerta de entrada hacia un pesimismo terapéutico. Paradójicamente, al tiempo que la concepción somaticista de la enfermedad mental colocó a muchos pacientes bajo el pronóstico de la incurabilidad y que la imagen del loco crónico, excluido definitivamente, se hizo cotidiana, creció la esperanza de la prevención en un intento por crear nuevas competencias fuera del manicomio, pues la eficacia de la psiquiatría tras los muros del asilo parecía cada vez menor. Asimismo, aunque el fracaso del tratamiento moral, la somatización y la cronificación -que van de la mano en la segunda mitad del siglo XIX- pusieron de manifiesto la poca efectividad de los recursos terapéuticos, “los clínicos siguieron utilizando remedios físicos, psíquicos e higiénicos en el intento de tratar la locura”.

Curar la locura, pese a todo es el título del último capítulo de un libro que se lee con placer guiado por la vigorosa pluma de Rafael Huertas. No debemos olvidar que el quehacer de los psiquiatras y de los historiadores de la psiquiatría no tendría sentido si no existiera ese *otro*, el ser que sufre la dolencia que desde tiempo inmemorial se ha llamado *locura*.

Ma. Cristina Sacristán